

LOS AMIGOS DEL BEATO ENRIQUE DE OSSÓ Y CERVELLÓ

“Sean muchos los que tengan paz contigo; mas tu confidente, uno entre mil”, aconsejaba Ben Sirah, movido por el soplo del Espíritu Santo (1). Y esta fue la normal de aquel hombre de iglesia, nacido en Vinebre en 1840 y muerto en el convento Sancti Spiritus de Gilet, en Valencia, la medianoche del 27 de enero de 1896.

Enrique de Ossó y Cervelló murió, pues, relativamente joven, a los cincuenta y cinco años cumplidos: tiempo suficiente para docenas, y centenares de enlaces de amistad en diversísimos campos de actividades humanas. Muchos fueron los que se gloriaron santamente de haber sido amigos del sacerdote Ossó entre gentes sencillas y gentes altísimas, desde el adolescente o joven hijo de un artista amigo, que quiere comprarle el billete del ferrocarril en la estación de Tortosa, hasta los reverendísimos prelados, como el Dr. Martínez Izquierdo, que lo retiene en largas conversaciones en la capital de España (2). Y quizás se podría subir más arriba todavía, en la ciudad eterna, donde Ossó conversa con Pío IX y con León XIII en audiencias casi personales (3).

Indudablemente hay grados en la amistad, como enseña el Espíritu Santo por los labios del autor del Eclesiástico, que también dice: “Hay amigos que causan la ruina, pero también hay otros que aman más que un hermano” (4). Enrique de Ossó tuvo experiencia de los unos y de los otros en su no larga vida, donde cosechó aplausos y admiraciones, pero también envidias y ataques traicioneros.

Dividiremos los cincuenta y cinco años y medio de la vida temporal de Enrique de Ossó y Cervelló en tres etapas: tiempo de infancia y adolescencia, tiempo de juventud de estudios sacerdotales, tiempo de sacerdote, que abarca los veintinueve últimos años de su vida. En las tres etapas, pero singularmente en la última, los “que tuvieron paz con él” – según la frase de Ben Sirah – permiten interesantes investigaciones, pero forzosamente tendremos que ceñirnos y ahondar algo más entre la selva de nombres, en aquellos que la sagrada Escritura llama: “uno entre mil”: se pueden contar con los dedos de la mano o por lo menos con los de las dos.

LOS PRIMEROS AMIGOS (1840-1854)

Los trece primeros años de Enrique de Ossó transcurren en tres escenarios distintos: Vinebre, Quinto de Ebro, Reus. Descartando, como es obvio, el periodo de vida vegetativa y sus infantiles paseos cogido de la mano de su piadoso abuelo materno, Antonio Cervelló, los amigos de la infancia de Enrique se reducen a los compañeros de clase bajo la dirección del maestro Francisco Freixa (5). Todos ellos nos han quedado en el anonimato, y a efectos de nuestro estudio, no parece que valga la pena de abrir investigaciones. Se trataba de compañeros sin relevancia, que sepamos, cuyo porvenir estaba en Vinebre o alrededores, en un clima de trabajo agrícola sencillo, ciertamente digno de encomio. La personalidad del pequeño Enrique se revela en la anécdota que explica Altés. El niño interrumpe decidido el juego con sus compañeros cuando pasa la procesión para el viático a un enfermo; sus compañeros continúan el juego, sólo él se suma a las filas que acompañan a fray Tomás Sastre, precedido por la campanilla indicadora del paso de la Eucaristía.

De su breve estancia en Quinto de Ebro, hacia fines de 1851 y primeros del 52, todavía sabemos menos. No tuvo tiempo para elevar a los compañeros aragoneses a la categoría de amigos. Enfermó pronto y sus tíos tuvieron que devolverle a su pueblo natal, previa la visita prometida a la Virgen del Pilar.

Y en su pueblo natal tuvo lugar, como él explica en su libro más importante, la experiencia dolorosa de la confesión de tres en tres, sugerida por un reverendo sin escrúpulos, cuyo nombre prudentemente calla. Ossó, empero, pondrá un comentario duro a la praxis absurda, recibida a disgusto, por otra parte, en los compañeros (6).

El año y medio, a lo sumo dos años, que pasó en la ciudad de Reus (o en la villa de Reus, como les gustaba llamarla a los reusenses) tampoco aporta nombres concretos de amigos de la adolescencia. Por supuesto, no conoció entonces a su futuro amigo y bienhechor de treinta y tantos años después, el arquitecto Gaudí. Por aquellas calendas Antonio Gaudí y Cornet andaba a gatas todavía o poco más (7). Por otra parte, el adolescente de Vinebre bastante ocupado estaba en la tienda o leyendo lo que le venía a mano, sea en el Centro de Lectura de Reus, sea en los libros de santa Teresa de Jesús, que tal vez le prestó su confesor y que dejaron huella en su alma.

El juicio de valor que Enrique de Ossó formula sobre los amigos de adolescencia no es nada positivo. Lo escribe, cierto, muchos años después (8) y, como los santos, seguramente exagera los propios defectos.

“Juntéme con jóvenes mayores, y aquí empezó mucho mal para mi alma.

...La Virgen me dio la salud para mi bien y yo la empleé mal. Volví a las andadas de malas compañías. ¡Oh, el mal que causan!” (9).

Algo nos podría haber dicho de las buenas, que sin duda hubo de tener aquel adolescente precoz. Por lo menos darnos el nombre de aquel sacerdote de Reus, a quien quería hacer cargos la justicia por considerarle cómplice o culpable de mi marcha (10).

Ossó alude al episodio decisivo, que cambia radicalmente su vida, a los catorce años, muy poco después de la muerte de su óptima madre, el día 15 de septiembre de 1854. Con la fuga a Montserrat, reacción a la negativa de su padre de pedirle el ingreso en el Seminario, el adolescente Enrique entra de súbito en el periodo de la niñez había sido prácticamente liquidada al dejar las aulas del maestro Freixa o acaso en Quinto de Ebro; la adolescencia, en el comercio de Reus o, a todo tardar, junto al lecho de su madre muy querida.

Debió de ser en esta etapa de trabajo en Casa Ortal de Reus (1853-1854), históricamente oscura, cuando Enrique descubrió y afianzó la sorprendente serie de amistades, a quienes escribió su determinación de abandonarlo todo para seguir a Cristo. Altés asegura haber visto junto a estos escritos de Enrique esas líneas autógrafas:

“Veinticuatro cartas he escrito a diferentes sujetos anunciándoles mi marcha y al mismo tiempo encomendándoles algunas máximas para hacerlos perfectos” (11).

El destrozo vergonzoso de los conventos durante la última guerra civil nos ha impedido conocer ulteriores detalles sobre este particular.

EL TIEMPO DE SU FORMACIÓN SACERDOTAL (1854-1867)

Debe hallarse en algún archivo de la villa de Reus – que yo no he tenido oportunidad de investigar – la inscripción de la data mortuoria de “un hijo pequeñito de la casa” del señor Pedro Ortal, casado con María Codina. Ha de corresponder, más o menos, hacia finales de septiembre de 1854. Enrique mandó las cartas de despedida y de consejos y se dirigió sigilosamente hacia el santuario de la Virgen de la Misericordia. Se llevó unos pocos libros, sus amigos, y nada de dinero. Fue exactamente el día de la muerte del pequeñito de la casa. Poco antes de llegar a Montserrat cambió sus vestidos con los de un niño pobre (12). Junto a la Virgen María empezaba algo nuevo en la vida de Enrique.

Dividiremos la etapa de su formación sacerdotal, que pronto emprenderá con la anuencia finalmente de su padre, en dos etapas. Corresponden a los estudios de gramática, humanidades y filosofía en Tortosa (1854-1860); y a los estudios de teología en Barcelona y en Tortosa (1860-1867).

Tortosa 1854-1860

El reverendo Ramón Alabart, que puso a disposición de bastantes seminaristas externos su propia casa, tuvo poco trabajo con Enrique. La piedad y la seriedad del seminarista de Vinebre, su pupilo, le edificaron a aquel sacerdote, hombre ya maduro y dado a la devoción, a ejemplo del Poverello. No sé si llegaron a intimar con Enrique, a quien llamaba el “caixa-tancada” (caja cerrada) (13). La diferencia de edades era enorme. Pero el respeto reverencial y el agradecimiento del pupilo no le faltó nunca. Hubo, por lo menos, una mutua admiración. El seminarista estudiaba de verdad, como él mismo escribe en sus *Apuntes*. Obtenía los primeros puestos, y las notas más altas. En los libros de notas del Seminario, la calificación es invariablemente la misma: *meritíssimus* (sobresaliente) (14). El piadoso D. Ramón Alabart podía estar contento y tranquilo con aquel “caixa-tancada”, que pasaba tantas horas en su habitación del piso superior de su casa con los codos en la mesa o quién sabe si de rodillas rezando. Se confesaba con el “sabio y celoso” párroco de la catedral, D. Gabriel Duch. Jugaba y ganaba casi siempre a sus compañeros.

No puedo precisar nombres de compañeros y amigos, entre los centenares de externos como él (15), que acudían a las clases del Seminario Menor o Colegio de San Matías, del que

se había separado en 1849 el Seminario de la calle Montcada, para los estudios teológicos. Precisamente allí, en el edificio de la calle Montcada, que el rey Carlos III arrebató a los jesuitas, había empezado en el mismo año 1854 los estudios de teología el futuro gran amigo de Ossó, D. Manuel Domingo y Sol.

Hay, en cambio, algunos nombres de profesores que influyeron en la formación de Ossó. Me parece que uno de ellos bien podría recibir el nombre de amigo, por lo menos en un sentido amplio. Me refiero al *dómine* Sena, popular entre lo popular, devoto tanto o más que un clérigo bueno, catedrático del Instituto y del Seminario.

José Sena, seglar y no clérigo, nacido en la primera década del siglo, controló el estudio de latín de los seminaristas de Tortosa desde 1852 hasta 1863. Dicen que era un gran maestro, a pesar (o a causa) de su genio más rápido que la pólvora. El *dómine* puso la mano en las mejillas de casi todos los adolescentes latinistas de la diócesis. No en las de Enrique de Ossó, quien hace un breve y bello elogio de su *dómine* querido, subrayando su devoción a santa Teresa de Jesús (16).

Ese rasgo en unos Apuntes autobiográficos escritos a vuelapluma me hace sospechar que la relación entre Sena y Enrique de Ossó fue más profunda que la normal o burocrática de un maestro de humanidades. Enrique era un discípulo privilegiado. Uno y otro tuvieron en común el prurito de la lectura de santa Teresa, no menos que la religiosidad sentida y plasmada en el papel escrito, que en el señor Sena se revelaba en la composición –y subsiguiente lectura – de las estaciones del vía crucis, enternecedoras, que los fieles practicaban por las calles de la ciudad. Enrique de Ossó, con el tiempo, será el compositor – y quizá alguna vez el lector – de sentidas plegarias en docenas de libros y de números de su Revista. Alargando el paralelismo afirmaré todavía que *dómine* Sena murió tan pobre, en 1864, por haber dado cuanto poseía, que los tortosinos tuvieron que montar una suscripción para comprarle féretro (17). También Ossó deberá recibir de limosna el féretro y la sepultura en el cementerio del convento de Gilet, aunque no sean todavía de este tiempo del trato con el *dómine* Sena las palabras posteriores del P. Fundador: “Pido a Dios no poseer nada en la hora de mi muerte” (18).

Sobre la amistad con Domingo y Sol insistiremos más adelante. Fue por este tiempo, durante los estudios de filosofía de Enrique, externo, que debieron de empezar los primeros contactos, respetuosos y llenos de espíritu, entre ambos jóvenes. D. Manuel era cuatro años mayor que Enrique: el tiempo suficiente para que durante la carrera sacerdotal hubiesen de dirigirse para las clases a locales diferentes: uno en el edificio de la calle Montcada, y el otro en el de san Matías.

Barcelona y nuevamente Tortosa (1860-1865)

Fue en el verano del año 1860 probablemente cuando el seminarista Enrique de Ossó y Cervelló, con el meritissimus de los cursos filosóficos en la cartera, se trasladó a Benicásim, junto a Castellón, para pasar vacaciones en casa de unos tíos suyos entrados en años, D. Justo y D^a Rafaela (19). Subió algunos días solamente hasta el famoso Desierto de las Palmas, la mansión contemplativa de los Carmelitas Descalzos, rodeada de ermitas. La amistad con los frailes se irá estrechando mucho a partir de los veranos siguientes. Pero en este primer viaje a Benicásim, Enrique halló en la hermosa casa de campo de sus tíos, no solamente el calor de unos corazones amigos, sino también el acicate de la lectura teresiana. Ello le empujó, de la mano de su tío, hacia el convento del Desierto de las Palmas. Le cautivó la ermita máxima, dedicada a santa Teresa de Jesús (20).

Escribe en su autobiografía:

“El año 60 fui a Barcelona a estudiar física en el Seminario, a ruegos de mi hermano y familia, que querían que me luciese, y estudié con el célebre Doctor Arbós, que me quería mucho” (21).

El Doctor Jaime Arbós, maduro en el quehacer científico, aunque joven en el sacerdocio (se ordenó en 1859) a pesar de sus treinta y seis años, regentaba la cátedra de Física y Química en el Seminario de las Ramblas, que dirigían los jesuitas. Algo vio Arbós en el alumno de la Cataluña occidental para constituirle su pasante durante los dos meses en que se ausentó en la cátedra. Años después discípulo y maestro se reencontrarán en Tortosa (22).

El curso de física en Barcelona, con horizontes más amplios, ensanchó las amistades de Enrique. Del Rector del Seminario, el P. Fermín Costa, y del profesor, P. José Forn, escribe en sus Apuntes, aunque sea como taquigráficamente, que considera una gran dicha haberlos

tratado (23). El P. Forn, su confesor jesuita, no menos ducho en teología que en acción pastoral en la base, bendijo efusivamente la exuberancia interior de Enrique en esta etapa barcelonesa, que comprende el curso científico con el profesor Arbós, y dos años más tarde la continuación de sus estudios teológicos (1863-1866). Durante este trienio los nombres del profesor Casañas, los alumnos Martorell, Sardá y Salvany, y otros, irán adquiriendo un gran relieve en el corazón de Ossó.

No se puede historiar el bienio teológico en el Seminario de Tortosa (1861-63) sin evocar a D. Manuel Domingo y Sol, antes citado, a Jacinto Peñarroya, Bernardo Lázaro y Pablo Foguet. Exceptuado el primero, podría parecer que los tres restantes debieran relacionarse con Ossó más vertical que horizontalmente, ya que Lázaro y Foguet fueron sus profesores, y Peñarroya su director espiritual.

No obstante, como ya antes apuntamos en el caso del dómine Sena, hay que tener en cuenta la excepcional personalidad de Enrique de Ossó. No nos consta, ciertamente, si el discípulo abrió su intimidad a sus dos maestros y ellos a él. Pero sí la admiración y elogio de los catedráticos hacia su discípulo. D. Bernardo Lázaro, el futuro canónigo de Segorbe, recordará que la única nota máxima entre los once seminaristas del curso 62-63 correspondió, evidentemente, a Enrique de Ossó i Cervelló. Y D. Pablo Foguet, que tenía fama de ser el sacerdote más sutil de la diócesis, declarará asimismo que ninguno de sus discípulos, aún siendo listos y aplicados, podía compararse con Ossó ni en talento ni en aplicación (24).

El contacto con el canónigo Peñarroya, su director espiritual durante mucho tiempo, presenta más implicaciones. D. Enrique depositó en él toda la confianza; dejó en sus manos el primer esbozo de la Compañía, inspirada en plena noche del domingo de Pascua de 1876; con él peregrinó hacia la cuna y el sepulcro de Santa Teresa de Jesús. Con don Jacinto Peñarroya deseó que consultasen las primeras Hermanas en Tortosa. En fin, el canónigo Peñarroya, con el júbilo en el alma del P. Fundador de la Asociación de Jóvenes, puesto al frente de ella ya desde el principio, compartió con el mismo la responsabilidad de la finca que la Sra. Grau donó para la obra teresiana. Vino luego el misterioso episodio de un viernes de noviembre de 1879. Peñarroya, junto con don Mateo Auxachs y otro, presentaron al Obispado la denuncia crucificante. Los hombres somos de barro. El alma magnánima de D. Enrique apuró las heces del dolor a causa del señor canónigo penitenciario de Tortosa, don Jacinto Peñarroya. Cuando murió, la Revista Santa Teresa de Jesús publicó un elogio agradecido (25).

Antes de trasladarnos con Enrique de Ossó, estudiante de teología, al Seminario de las Ramblas de Barcelona para el tercer, cuarto y quinto curso de sus estudios mayores (1863-66), le hallaremos los meses de verano, como ya es habitual en él, en el Desierto de las Palmas con sus amigos los frailes.

“Casi todos los años iba a pasar vacaciones entre la casa de los tíos y el Desierto, pero más en el Desierto, donde estaba a veces más de un mes y hasta dos meses” (26).

La Autobiografía constata la libertad de acción del seminarista, a quien los frailes carmelitas querían mucho y trataban como uno de ellos, prácticamente. Comía con ellos, participaba en sus recreaciones y paseos, en sus rezos corales, en su entusiasmo teresiano. Han pasado a sus Apuntes los nombres amigos de los PP. Manuel y José, Marco, buenos conversadores de materias de espíritu. Con el P. Mariano hizo una confesión general. Cita todavía el nombre del P. José, el pequeño, que debió de ser un fraile muy sencillo, humilde y sonriente, que saltaba como una peonza. O como una cabra, como decía él de sí mismo (27). Lo verdaderamente raro es que Enrique de Ossó y Cervelló, en sus idas y venidas hacia la ermita magna de Santa Teresa desde el convento, no acabase fraile carmelita. No se lo planteó nunca, que yo sepa. Pero tanto en estos años de su formación sacerdotal como luego en el ajetreo apostólico supersónico, Enrique de Ossó volverá frecuentemente al oasis del Desierto de las Palmas, donde los amigos le tendrán el plato puesto en la mesa. Desde allí, bajo la mirada de la Virgen María y de santa Teresa de Jesús encendedora de su corazón (28), escribirá cartas y proyectos importantes (29). Más adelante Ossó alternará las horas de silencio en el Desierto de las Palmas con el silencio y la música de la Abadía de Montserrat, en el corazón de Cataluña.

En 1863 Enrique de Ossó bajaba a Barcelona para matricularse en el tercer curso de teología en el Seminario que dirigían los jesuitas situado junto a las Ramblas. El “caixatancada” de Tortosa halló en el “cap i casal de Cataluña” compañeros y amigos, muy íntimos algunos de ellos, como los citados Andrés Martorell y Félix Sardá i Salvany. Otros nombres

como Matas, Sala, etc., aparecen más raramente en la documentación. De Martorell y de Sardá escribiré luego con más detención.

Pero no se puede cerrar ese periodo barcelonés de su internado en el Seminario de las Ramblas, sin una mención especial del Director de la tanda de Ejercicios de preparación al subdiaconado: el obispo Antonio María Claret. Enrique de Ossó consultó con él, se confesó con él y de sus labios recibió la confirmación en su vocación sacerdotal.

“Tuve la gran dicha de hacer Ejercicios con el P. Claret (Casa de Gracia), confesarme con él y resolver que sí, era voluntad de Dios ser yo sacerdote, con gran gozo y paz, sin que me haya venido nunca tentación, por la misericordia de Dios, contra mi vocación” (30).

No sé si el trato intenso durante una semana entre estos dos hombres de gran espíritu puede o no llamarse amistad profunda. Se llevan treinta y tres años de diferencia el obispo y el seminarista. Pero es incuestionable la sintonía de las dos almas de apóstoles (31).

EL TIEMPO DEL SACERDOCIO (1867-1896)

Es el periodo de las grandes amistades de Enrique de Ossó. Veintinueve años casi, de apostolado desbordante, de relaciones sociales multiplicadas. Por fortuna, a partir de este momento las fuentes son tan amplias, que resulta difícil examinarlas a fondo. Aparte, además, de lo no publicado, que quizás obligaría a rectificar detalles (32). Se puede seguir muy de cerca – y a veces día a día – la actividad de Ossó a partir del año 1871 y aún antes, principalmente a través de sus numerosas cartas, de las crónicas de la Revista que él funda en 1872, y aún de sus libros (33).

Dividiremos en dos partes el estudio de las relaciones de D. Enrique. La primera abarca desde su ordenación sacerdotal hasta la fundación de la Compañía de santa Teresa de Jesús en 1876; la segunda, de 1876 hasta su muerte. Y dejaremos al margen, de un plumazo, el examen de la relación profunda, paterna y amical, con innumerables hijas suyas de la Compañía de santa Teresa de Jesús; alguna de ellas, como Saturnina Jassá, exigiría un libro para ella sola (34).

1867-1876

El periodo desde su ordenación hasta la fundación de la Compañía en 1876 viene jalonado por estos acontecimientos de más bulto: la primera misa en Montserrat (1867); el magisterio en el Seminario, con la interrupción salvaje de la septembrina; la dirección general de la catequética en la diócesis (1869); el viaje a Roma con Domingo y Sol (1870); la aparición de la primera revista *El Amigo del Pueblo*, suprimida pronto por la censura (1871-72); la publicación de la *Guía práctica del Catequista* y el lanzamiento de la *Revista de Santa Teresa de Jesús* (1872); la fundación de la Archicofradía Teresiana (1873); la edición de uno de los libros más vendidos del siglo *El Cuarto de Hora de Oración* (1874); la gran ruta teresiana de toda España (1875); la fundación de la Hermandad Josefina para los hombres (1876).

Todo ellos supone un cúmulo de relaciones, un enorme movimiento de colaboradores, normalmente sacerdotes, que entran en la órbita del sacerdote Ossó ya de por vida.

El escenario – los escenarios – de esta primera etapa son muy variados: Tortosa, Montserrat, Desierto de las Palmas, Vinebre, Roma, Barcelona, Tarragona, Ávila, Alba de Tormes, Zaragoza. Los pequeños escenarios de su predicación, tan pronto como se lo permite la atadura de la cátedra de física en el Seminario, son mucho más numerosos (35), y por donde pasa Ossó, surge ineludiblemente – desde julio de 1873 – la Peña de jóvenes dispuestas al cuarto de hora de oración diaria.

Enrique de Ossó ha tratado de cerca de algunos obispos. Ante todo, el suyo: Vilamitjana. Escribo este “ante todo” con un cierto escrúpulo, porque hay el nombre de otro obispo, que ocupa un lugar más cálido en el corazón de D. Enrique. Me refiero al humildísimo y sabio Dr. D. Pantaleón Montserrat Navarro, obispo de Barcelona desde 1863. De él recibió Enrique las órdenes menores y el subdiaconado, en Barcelona. Al anotarlo en sus *Apuntes autobiográficos*, haciendo constar que D. Pantaleón es de Maella, añade estas tres palabras: “me amó mucho” (36). Dada la profunda piedad, la sencillez extraordinaria y la atención a las personas, singularmente de los necesitados, que hicieron popularísimo entre los barceloneses a su obispo aragonés, opino que estas tres palabras de la autobiografía de Enrique nos ocultan una veneración y una amistad que van más allá de los protocolos (37).

El caso Vilamitjana es diverso. Conversó muchas veces con Enrique de Ossó, valoró bien su talento y cuidó que no se quedase demasiado en la ciudad condal, donde seguramente no le iban a faltar al sacerdote D. Enrique destinos tentadores. El obispo de Tortosa lo nombró profesor de sus seminaristas, aun antes de la ordenación sacerdotal, que tuvo lugar el día de san Mateo de 1867. Posteriormente le encomendó la dirección general de la catequesis, donde le había precedido el grandilocuente Doctor Sanz y Forés, el prestigioso canónigo de Tortosa, que por aquel entonces empezaba la carrera de los obispados (38). Al obispo Vilamitjana debió D. Enrique la aprobación de la Revista de Santa Teresa de Jesús, fundada en octubre de 1872, la de la Asociación, luego Archicofradía, famosa de las jóvenes teresianas (1873) y finalmente la aprobación, por su parte, de la Compañía de santa Teresa de Jesús, nacida bajo los auspicios del Sr. Arzobispo de Tarragona, D. Constantino Bonet y Sanuy, en la fiesta del Sagrado Corazón, 23 de junio de 1876. Los acontecimientos futuros, arzobispo ya de Tarragona D. Benito Vilamitjana y Vila, pertenecen a una historia muy triste, que hubo de revelar la heroicidad de las virtudes del sacerdote fundador (39).

Mencionaremos todavía, en la lista de los obispos que Ossó trata en esta época, el del dominico fray Fernando, obispo de Ávila, y el de Antolín Monescillo, obispo de Jaén, que alguna vez honraron la revista de Ossó con sus artículos. Fray Fernando, saludado en Ávila por primera vez por D. Enrique en su viaje con Altés hacia los monumentos teresianos (agosto de 1875), se considerará siempre el devoto admirador y amigo de D. Enrique (40).

En el estamento sacerdotal, además de los grandes amigos que luego estudiaremos, surgen otros de menor relieve, que se honran con la amistad del Director de la Revista Teresiana, y le invitan a fundar la Asociación en sus centros. En D. Enrique había una hermosa mezcla de cordialidad espiritual y de distinción insobornable, con una inmensa capacidad de trabajo. Se le amaba y se le admiraba. Solamente entre los suyos, ya que nadie es profeta en su patria, la admiración alguna vez se trocó en celos. El corazón grande del sacerdote tuvo que comprenderlo y perdonarlo con elegancia evangélica.

Nos puede dar una idea de la espontaneidad y asequibilidad de D. Enrique la carta a un amigo sacerdote, escrita por agosto de 1871 desde Puig-reig:

“Mira tú que estás en ésa lo que podemos hacer el domingo 3, 31, 8, 10 y 17, pues si no hay algún compromiso imprevisto y muy imperioso estaré en ésa esos días, aprovechando una excursión a Cartuja y Montsant. Puedes contar de mi parte con sermones y pláticas, los que quieras y de los puntos que quieras. Llevaré algunas medallas y rosarios de Nuria...En Lérida será fácil tome medallas y alguna estampa, aunque los *fondos* con tan largo viaje tocan a su *fondo*. Pero no desmayar, el buen san José proveerá” (41).

Y como este amigo D. Lorenzo, cuyo apellido desconocemos, hubo tantos otros que entraron en el círculo de la amistad de D. Enrique. Pero este es el momento de detenernos algo más en el nombre de dos amigos, sin duda dos grandes amigos de Enrique de Ossó y Cervelló, ya mencionados antes. El primer vino de la amistad se escanció indudablemente durante el periodo dedicado a sus estudios en el Seminario de Barcelona, pero la consolidación y el ulterior desarrollo de la misma llenan – y superan – esta primera década del sacerdocio de D. Enrique. Estos dos hombres se llaman Andrés Martorell y Félix Sardá y Salvany.

El P. Andrés Martorell

Andrés Martorell i Feliu, oriundo de Lladurs, una pequeña aldea de la comarca de Solsona, con menos habitantes que Vinebre todavía, tenía un año menos que Enrique, aunque en Barcelona iba dos cursos más adelantado que él. Recibió la ordenación sacerdotal en el año 1865. No he podido saber anécdota alguna concreta de estos años de convivencia, internos los dos, en el Seminario; pero el hecho de que Martorell se comprometiera a predicar el sermón de la primera misa de Enrique, indica suficientemente que los lazos de amistad no debieron ser ordinarios (42). El P. Martorell, como el P. Ossó, fueron más adelante oradores notables. Lo eran por temperamento. Martorell, como Ossó, era sufrido y fervoroso. La Academia de san Juan Crisóstomo, que los jesuitas promovían para los selectos en las aulas, contribuyó a unir más a los dos estudiantes. Enrique se estrenó en ella el 25 de febrero de 1864 (43).

El seminarista de Vinebre, piadoso como el que más, no es posible que no asistiera, parece, a la ordenación sacerdotal del gran amigo el día 10 de junio de 1865. Debió de admirar también la decisión tomada por Martorell, recién ordenado, de ingresar en la Compañía de

Jesús, y la curiosa rapidez de ponerla en práctica a los ocho días justos de su ordenación sacerdotal.

No ha llegado a mis manos la correspondencia entre los dos amigos, que hubo de existir, ya en estos años primeros de sacerdocio (44). Andrés Martorell, ya jesuita, recién hechos los votos del bienio (18 de julio de 1877), predicó, como habían quedado con el amigo, el sermón de la primera misa en Montserrat. Ossó fue a buscarlo a Manresa.

“Fui a Manresa, a la Cueva, a buscar mi íntimo amigo P. Martorell para predicar, pues lo teníamos concertado desde estudiantes en el Seminario, y predicó un bellissimo sermón (que conservo) que dejó a todos encantados” (45).

Lo que D. Enrique llama “bellísimo sermón”, el primer biógrafo Altés lo califica de elocuente, brillante, conmovedor, “digno de orador tan preclaro”, y aún anota el esquema de la pieza oratoria (46).

La amistad con el P. Martorell duró toda la vida. Pueden espigarse alusiones y referencias en bastantes de sus cartas, en 1873, 1878, etc. hasta la muerte prematura del amigo, en 1885. Por otra parte, el ministerio de la palabra, al que Martorell se dio volcánicamente hasta minar su salud, se desarrolló principalmente en las diócesis de Tarragona y Tortosa: lo cual permite sospechar un mayor contacto con Ossó al margen de la correspondencia. El jesuita – a quien Sardá i Salvany apellida un san Francisco Javier – gozó de la confianza plena del Fundador de la Compañía de santa Teresa de Jesús, el cual indica repetidas veces a las Hermanas de Tarragona que le inviten a hablarles o a confesarlas. La misma intrépida M. Saturnina Jassá, la mejor hija del alma de D. Enrique y casi me atrevo a decir su “doble”, tomará al P. Andrés Martorell por Director espiritual. Martorell aparece, por lo demás, en el periodo del nacimiento de la Compañía de santa Teresa de Jesús en Tarragona como el hombre ideal para llenar los posibles vacíos, cuando Sanuy o Forcades (los sacerdotes que atienden a las Hermanas) hayan de ausentarse de la ciudad (47).

Para complacer al amigo del alma, el P. Martorell tuvo que hallar tiempo para revisar el *Plan de Estudios* y las *Constituciones* de la naciente Congregación (1882), redactadas por el P. Fundador en La Figuerola, donde se había hecho con un libro que seguramente sólo el P. Martorell pudo dejarle: las *Constituciones* de la Compañía de Jesús (48).

La última etapa de su vida – ya que el P. Martorell murió en plena madurez, a los 44 años – la pasó precisamente en Tortosa. Profeso ya de cuatro votos desde 1877, acabado el trienio de Superior en la Residencia de Tarragona, quebrantada notablemente su salud, Martorell fue trasladado al Teologazo de los jesuitas en Tortosa, donde pudo dar algunas clases de teología en El Jesús. Allí fue donde escribió un trabajo sobre el Corazón de Jesús para el Certamen de Tarragona de 1881. El jurado, que formaban Menéndez Pelayo, Fita, Milá i Fontanals, y Sardá y Salvany, consideró digno de premio el escrito de Martorell. Enrique de Ossó, famoso en toda España por aquellos tiempos, quiso estar presente para aplaudir al amigo galardonado.

“Llegamos con el P. Martorell y otros sin novedad, a Dios gracias. Ganó un premio el P. Martorell. El Certamen fue magnífico. Grandes aplausos... Los Padres jesuitas ganaron tres premios” (49).

Cuatro años más tarde la Revista Teresiana publicaba la nota del eterno descanso del buen amigo del Fundador de la Compañía de santa Teresa de Jesús, y propagador como él de la devoción al Corazón de Jesucristo. Murió el mismo día en que se celebraba la festividad del Sagrado Corazón en toda la Iglesia.

Félix Sardá y Salvany

Aunque tengamos que adentrarnos también, como con el P. Martorell, en el segundo periodo del sacerdocio de Enrique de Ossó, hay que dejar constancia ya aquí de la profunda amistad de D. Enrique con D. Félix Sardá y Salvany.

Félix Sardá y Salvany había nacido en Sabadell en 1844. Ingresó a los doce años en el Seminario de Barcelona. Cuando lo conoció Enrique de Ossó, tendría sus diecinueve cumplidos. Ossó le menciona expresamente en su Autobiografía junto al nombre de Martorell y de Matas:

“Trabé amistad con P. Martorell, Sardá y Matas, etc., que ayudó mucho a los designios de Dios, ulteriores” (50).

La referencia a los designios de Dios alude, evidentemente, a las fundaciones y desarrollo de las obras teresianas del sacerdote de Vinebre. La *Revista Popular*, aparecida en 1870 bajo el enérgico impulso de Sardá, el precoz publicista de 26 años, se sumará frecuentemente a las campañas apostólicas del Fundador de la Revista Santa Teresa de Jesús. En 1872 ambos amigos respirarán juntos unos días de vacaciones para tomar baños, según una costumbre iba a decir *clerical* de antaño. Les acompaña también el Dr. Cortés, futuro obispo auxiliar de Barcelona. Sardá lleva consigo el primer libro de Ossó y Cervelló: Guía práctica del catequista, cuya censura le ha encomendado el obispado (51). Fue, por cierto, una elogiosa censura, que subraya la erudición abundante, la unción, la atención al detalle pedagógico. La firmó para la curia el día 26 de agosto (52). Para D. Enrique, seguramente antes de los baños y aun antes de que empezase a redactar... Ambos conocían mutuamente la fidelidad a la doctrina, que aprendieron en el Seminario de las Ramblas: Ossó la de Sardá, Sardá la de Ossó.

La correspondencia entre ambos publicistas fue algo normal, a juzgar por las referencias posteriores. Por ella nos enteramos, por ejemplo, que había entrado en la Compañía de santa Teresa de Jesús una joven dirigida del Dr. Sardá (53). Otra carta de Sardá transmitirá al P. Fundador una petición de Portugal ofreciendo casa para la Compañía (54).

El Dr. Sardá i Salvany participó en la gran peregrinación teresiana del verano de 1877 (55), organizada por D. Enrique, de la cual hizo propaganda la *Revista Popular*, como es obvio. En 1881 formó parte, como dije, del jurado en el Certamen nacional sobre el Sagrado Corazón, que se celebró el 26 de junio en Tarragona. Ossó pudo volver a estrechar la mano del amigo que contribuía con su voto a premiar un trabajo teológico del Padre Andrés Martorell. También Verdaguer allí recibió su galardón por el libro de poemas *Lo Somni de sant Joan* (56).

En la brava actuación de D. Enrique con motivo del Centenario de Santa Teresa de Jesús en 1882, halló sostén y acicate en la persona de Sardá y Salvany. Ambos, desde sus respectivas revistas, fustigaron fuerte la presentida presencia y presidencia de Sagasti en Salamanca para los actos del Centenario. La respetuosa, aunque enérgica carta de D. Enrique al excelentísimo amigo Dr. Martínez Izquierdo, obispo de Salamanca, no tiene desperdicio. Ossó concuerda con Sardá, o Sardá concuerda con Ossó, y detrás de ellos dos, Cataluña cristiana.

“En este supuesto (esto es, que encabece la presidencia Sagasti, que preside o ha presidido las logias de Satanás), no sólo Cataluña tendrá valor o dolor por no ir al Centenario de la Santa, sino el que suscribe será el primero, y en este supuesto no cuenten conmigo para nada en cuestión del Centenario, porque creemos que no podemos ir presididos y oficialmente acompañados por los francmasones. Algo he dicho en la Revista y más diré, si la cosa así continúa.

No tema por esto que Cataluña no se mueva en el Centenario.

Es verdad que V. E. me asegura que “aquí nadie ha de ver nada que le desedifique en el Centenario”, mas en estas tierras no se piensa así. El Dr. Sardá me escribe y hoy me confirma de palabra que no va ni puede ir a Alba” (57).

Los directores de ambas revistas vibran al unísono, libres como los pájaros, eclesiales cien por cien. Fueron dos sacerdotes ejemplares, superdotados, batalladores, aunque Enrique no llegue al vuelo retórico de Félix. Fueron ambos especialistas en la caridad, cuyos elogios perduran todavía. No es extraño que sean mutuas las alegrías en los éxitos y el sufrimiento en los trabajos. Ni que se ayuden como hermanos. D. Enrique de Ossó pensará en el empuje del amigo D. Félix Sardá para que Roma se mueva para el suspirado *Decretum Laudis* (58), como Sardá se sentirá consolado por la voz amiga de Ossó, ante el revuelo del canónigo Pazos contra el libro del publicista catalán *El Liberalismo es pecado*. Roma también le dará la razón, y Ossó querrá dejar patente constancia de ello en la Revista Santa Teresa de Jesús (59).

La prematura muerte del amigo afectó mucho a D. Félix Sardá. Emocionado, pudo asistir al obispo Dr. Ibarra, que presidía el funeral del P. Fundador en el colegio de la Compañía de santa Teresa de Jesús, calle Ganduxer, de Barcelona. Era el día 4 de febrero de 1896 (60).

1876-1896

Enrique de Ossó i Cervelló tuvo amigos seculares. Y singularmente entre los cultivadores de las bellas artes. Escultores, como Ferrer y Cerveto; Marqués, Ferreres, Dolz, pintores; Guzmán, Cándido Candi, Pedrell, músicos; Masdeu y Tomas, fotógrafos. No es una línea exhaustiva (61). Protestaría de ello el arquitecto Gaudí, a quien el P. Fundador dio la oportunidad de embellecer teresianamente a Barcelona (62). Protestaría, con razón, el tipógrafo Casals, para quien es la última de sus cartas por enero de 1896 (63). Y tantos otros. Y con más razón que todos ellos, a mi parecer, el hermano pequeño de D. Juan Bautista Altés y Alabart, que se llamaba Francisco; en 1875 había sido manuscibiente para la singularísima redacción del libro "Viva Jesús", y en 1890 estipulaba un acuerdo de impresor con el Director de la Revista Santa Teresa de Jesús (64).

Pero la mayoría de los amigos de D. Enrique son sacerdotes. El sacerdote Ossó tenía como un sexto sentido para conectar con los corazones amigos de Dios, y por consiguiente amigos de él.

Conoce a Collell y a Verdaguer en la magna romería a la cuna y sepulcro de santa Teresa, que moviliza más de cuatro mil peregrinos. No muchos años después coincidirán en Tarragona, y la mano izquierda y siempre noble de D. Enrique les forzará para que visiten la naciente y creciente Compañía. Verdaguer leerá *Lo Somni de Sant Joan* a las Hermanas de la Compañía. En adelante cada nueva creación verdagueriana irá cordialmente dedicada y firmada para el amigo Enrique de Ossó. También Ossó montará la propaganda del poeta en las páginas de la Revista. Y cuando sus hijas misioneras crucen el Atlántico hacia Méjico, el Padre Fundador las dejará al cuidado del sacerdote Verdaguer, el buen amigo (65).

Es obvio que el hijo de Vinebre fuese querido por los sacerdotes de su diócesis, Tortosa. Halló amigos en Tortosa. Y opositores, ya que ni a él – ni al biógrafo D. Marcelo – no gusta la palabra "enemigos". Voy a dejar en paz a los opositores (66), cuyas actas de defunción constan en los ingentes papeles para la introducción de la causa de beatificación de Enrique de Ossó y Cervelló. Son conocidas las excelentes relaciones de amistad con Bernardo Vergés, Juan Llatse, Buenaventura Roch, el canónigo O'Callaghan y muchos otros. Hay dos nombres, con todo, que destacan entre todos: D. Agustín Pauli y D. Agustín Galcerán.

Agustín Pauli entra en la órbita documentada de D. Enrique en el año 1878, firmando con Juan B. Altés, en nombre de la redacción de la Revista teresiana, la dedicatoria de la misma al Santo Padre. En realidad, unos meses antes sorprendemos a Pauli junto con Altés, en una fiesta muy íntima que tiene su escenario en el oratorio particular del P. Fundador. Se han reunido allí, inocentes y exultantes, las futuras novicias, por entonces todavía prepostulantes o minipostulantes teresianas que forman la "Compañieta" (67). Auditorio muy reducido para un sermón del predicador cuaresmero, P. Vilarubia.

Agustín Pauli, desde los albores mismos de las obras de Ossó es el colaborador abnegado, el sacerdote modélico, el amigo de confianza del Fundador. Su nombre aparece en muchas cartas del Padre tanto cuando se trata de asuntos espirituales como económicos. Unas veces traerá dinero, en nombre de Ossó, a las Hermanas de Morella o les asistirá en Tortosa, donde habitualmente reside y da clases en el Seminario. Otras veces las Hermanas deberán tratar con él sobre los asuntos de Ejercicios. Otras, suplirá al mismo Padre Fundador para darles los Ejercicios Espirituales. En la célebre expedición, ya mencionada antes, hacia México, para establecer allí la Compañía de santa Teresa de Jesús, junto a los sacerdotes amigos y el obispo de Barcelona está también D. Agustín Pauli. La bendición del señor obispo sobre cubierta conmovió a los asistentes (68).

Otro Agustín, D. Agustín Galcerán, amigo muy fiel y gran servidor en el silencio de las Hermanas de la Compañía de santa Teresa de Jesús, fue – lo mismo que Pauli – el hombre de confianza de D. Enrique. En los momentos más agudos del pleito voló a Roma, enviado por él para gestionar urgentemente los asuntos. En 1896 acompañó a las Madres del Consejo a Gilet, asociado al gran dolor del Instituto. Otra vez en 1908 estará, con Altés, junto a los despojos mortales del inolvidable amigo, trasladados solemnemente a Tortosa (69).

D. Enrique entra en la estima y la amistad de muchos dignatarios eclesiásticos. Los obispos de Ciudad Rodrigo, el de Calahorra - luego cardenal Cascajares -, el de Barcelona, don Jaime Catalá (70). Ya dimos cuenta de su amistad (y libertad de espíritu) con el estimado don Narciso Martínez Izquierdo, obispo de Salamanca y después primer obispo de Madrid,

donde murió asesinado por un clérigo loco. Con él pasó muchas horas D. Enrique de Ossó, programando el tercer centenario de santa Teresa de Jesús (71).

El nombre de Salvador Casañas (72) merecería un trato especial. Fue su maestro. También su amigo, en la parroquia del Pi, de Barcelona, y también cuando obispo y cardenal. Su nombre apareció en la pluma de Ossó muchas veces. Nadie extrañó que Casañas fuese a Montserrat para las bodas de oro del discípulo fundador. Y el discípulo pudo sugerir confiadamente a la santa Sede el nombre de Casañas como testimonio imparcial en el asunto del pleito.

El joven obispo carmelita, fray Ramón María Moreno tenía un año más que Enrique de Ossó. Le expulsaron de Méjico en 1862 a causa de la persecución religiosa. Obispo de California a los 35 años, sufrió nuevamente prisiones y exilio. Buen amigo para Enrique desde que se conocen en 1877, durante la ruta teresiana. El contacto mutuo ya no se interrumpirá, y ambos irán muy juntos en los días jubilosos, en Tarragona, en Manresa, en Montserrat, en Tortosa (73).

A Monseñor Ramón Ibarra y González, lo descubrió la M. Saturnina Jassá en Puebla de los Ángeles, cuando todavía no era monseñor, en 1889. Pero quien dice Jassá dice Ossó, quien le escribe pronto para que haga un viaje a España, cuando regrese la M. General, ofreciéndole “mesa, casa pobre, y rica buena voluntad”. Vino a Europa, preconizado ya obispo de Chilapa a pesar de su juventud, para ser ordenado en Roma el año 1890. D. Enrique recibió de él el viático en su rápida enfermedad de 1890. Seis años más tarde el obispo amigo presidía los funerales también del amigo Enrique de Ossó en Barcelona. Se habían visto cinco semanas antes, en Barcelona, donde bajó expresamente D. Enrique desde Vinebre (74).

Los concedores de la vida del Fundador de la Compañía de santa Teresa de Jesús no querrán que dejemos en la penumbra personas como el Dr. Juan Bautista Grau, el ponderado hombre de leyes, que revocó el entredicho sin pies ni cabeza contra el colegio de El Jesús. La causa de D. Enrique le costó el cargo (75), pero la Santa Sede, con mirada más amplia le llamó a presidir la iglesia diocesana de Astorga. Otros nombres insignes, y más influyentes en la formación de la primera Compañía en Tarragona, fueron el Dr. Ramón Sanuy y el Dr. Antonio Forcades (76). Sus nombres aparecen frecuentemente en las cartas del p. Fundador.

Los tres grandes amigos de Enrique de Ossó i Cervello

Manuel Domingo y Sol

El doctor D. Manuel Domingo y Sol no necesita introducciones. Su figura ha sido dada a conocer por las biografías de los miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos que él fundó (77). Nació cuatro años antes que Enrique, en 1836, y murió once años más tarde que él, en 1909. Conocemos bastante de las relaciones amicales de Domingo con Ossó. Fueron como el árbol junto al árbol en el bosque, en frase feliz de D. Marcelo González, que describe esa amistad sacerdotal como afectuosa y entrañablemente humana, sin perder nunca el sello de un aliento sobrenatural del que salieron mutuamente beneficiados (78).

A mi modo de ver, aun reconociendo esos lazos humanos y sacerdotales que les hermanaron en el Señor, D. Manuel Domingo y Sol fue para Enrique de Ossó como el hermano mayor, tratado con reverencia y franqueza. Ossó halló en Domingo el consejero cordial y aun el protector. Ambos eran pobres de espíritu, pero Ossó probablemente lo era más “de materia”. Lo cierto es que el bueno de D. Manuel Domingo y Sol tuvo que dar – y dio – por perdidos y bien perdidos los doscientos duros que prestó a su amigo D. Enrique. Escribe en su testamento:

“Enrique de Ossó quedó a deberme ciento cincuenta o doscientos duros. Están perdonados” (79).

Dos grandes amigos en el Señor, no cabe duda. El Fundador de los Operarios se gloria de ello dos años después de morir el Fundador de la Compañía de santa Teresa de Jesús en un sermón de las bodas de plata de la Archicofradía teresiana:

“Hace 25 años que allí, en un modesto altar, se plantó el árbol de vuestra Asociación. Siete jóvenes, distinguidas por su piedad, dos de las cuales, hijas de mi corazón, están hoy al frente de diferentes monasterios, fueron las primeras en cobijarse a la sombra de este árbol de Teresa de Jesús...Os dirigí la palabra en este mismo sitio...Pedidle como recuerdo de gratitud al celoso

Fundador de esta obra, compañero mío en nuestros primeros trabajos sacerdotales, que no ha podido celebrar este aniversario en la tierra, pero que desde el cielo contemplará el fruto de sus afanes” (80).

El compañero de trabajo sacerdotal, Enrique de Ossó, había fundado la Asociación – años después, Archicofradía – en octubre de 1873. Domingo le preparaba el terreno desde el confesonario, sabiendo que uno es quien siembra y otro quien siega, y siempre es Dios el que hace crecer.

Doce años antes, por lo menos, de esta fecha célebre, en que Ossó lanzó la llamada teresiana a las jóvenes firmada el 27 de agosto en el Desierto de las Palmas, empezó la amistad de ambos levitas. No me consta si Ossó pudo asistir a la primera misa de Domingo, el 9 de junio de 1860, yo creo que sí. El año siguiente coincidieron, siquiera unos meses, en el mismo Seminario Mayor: Ossó como teólogo de primer curso, Domingo, como estudiante de cánones. Digo unos meses, porque el neosacerdote Domingo alternó pronto la aridez canónica con los afanes misioneros de predicador, estimulados por el entonces vicario capitular de Tortosa, D. Ramón Manero. Aquel mismo curso, el 7 de marzo de 1862, Domingo recibía el nombramiento de regente de La Aldea. La correspondencia ulterior parece indicar que ya por entonces se había despertado una amistad sincera entre ambos hombres de Dios (81). Lo confirma abiertamente la presencia de D. Manuel Domingo en la primera misa de Ossó, el 6 de octubre de 1867 en Montserrat.

El viaje a Roma, en junio de 1870, en compañía de D. Enrique y otros pocos sacerdotes tortosinos, los unió más estrechamente sin duda. Ambos amigos coincidían en el amor apasionado al dulce Cristo en la tierra, que entonces era Pío IX. Domingo habla de la fiesta del Corpus Christi romano en el Diario de viaje; Ossó lo evocará, con alma trepidante, ocho años más tarde todavía, en una carta a las Hermanas de Tarragona (82).

Los dos amigos, el bueno y dulce D. Manuel y el cachorro combativo de Vinebre, D. Enrique, trabajarán juntos el año siguiente en las páginas de *El Amigo del Pueblo*, fundado por Ossó. Se trata de un semanario local, apologético al estilo del tiempo, en cuyas páginas Sol, Ossó, Altés y otros redactores, refutan los errores o responden a los insultos de otra publicación anticlerical de la ciudad. Duró poco, a causa de una prohibición gubernativa, que interpretó una oración a san José como una amenaza de lesa patria, al darse la coincidencia del tumulto carlista en Navarra contra el gobierno central por abril de 1872. Por julio del mismo año Ossó quería reanudar la publicación, según escribe a Domingo desde Barcelona (83).

Los años siguientes, enormemente dinámicos para Ossó y para Domingo, aun cuando emprendió cada uno su camino vocacional, la amistad y la colaboración se mantuvo. Lo hemos visto en la presencia de Domingo en los primeros pasos de la Asociación de Ossó. Más aún: Domingo llegó a plantearse si lo que Dios quería de él era la cooperación total en los planes de su amigo, fundador ya de la Compañía de santa Teresa, “mas consultado el caso con persona para mí poco simpática, me aconsejó que tendiera el vuelo por otra esfera: la que más adelante me ha sido señalada por el Espíritu divino” (84). Enrique, por su parte, dedicó una serie de artículos en la revista *Santa Teresa de Jesús*, fundada por él en octubre de 1872, en los que daba a conocer abiertamente los planes sobre las vocaciones sacerdotales que bullían en la mente de su amigo Domingo y Sol, que había fundado ya el Colegio de san José en 1873 (85).

Con él había salido en peregrinación hacia Ávila y Alba de Tormes por agosto de 1877. Ahora ya no se trataba de un pequeño grupito de amigos rumbo a Roma, como en 1870, sino de la movilización de masas en toda España, que el cronista Altés describió largamente en la revista teresiana (86).

Se conserva una carta de 1884, en la que Ossó siente la necesidad de explicar a su amigo algunos puntos sobre el pleito, “el asunto que hoy todos vosotros sabéis”. Le informa escuetamente, pero con suma claridad y caridad sobre los puntos del problema. Supone una gran confianza en Dios, que hubo de ser uno de los pocos a quien Ossó habló del asunto tan doloroso.

“He aquí en sus más sencillos términos la cuestión. Se quejan porque no he acudido antes. Y digo: por deferencia y consideración a la autoridad eclesiástica. Y es la verdad, y Dios sabe que no miento.

Son cosas de santa Teresa de Jesús...Oremos, calleemos y Jesús y su Teresa proveerán. Las Hermanas y su Fundador están tranquilos...Sólo una cosa he encargado: que tengan mucho cuidado en no ofender a Dios” (87).

Años más adelante volvieron a verse los amigos, en un momento amargo para Enrique. Dejo otros contactos anteriores, evidentemente, de los que no hallo – apenas – indicios escritos. La última vez que hablaron fue en Valencia (88), en el viaje secreto de D. Enrique al convento donde pronto había de morir. Manuel Domingo y Sol ya había fundado por aquel entonces el Colegio Español de Roma. También Enrique de Ossó había sido ampliamente fundador. No sé si se quedó pensando D. Manuel aquella frase suya, cuando Enrique de Ossó cabalgaba entre Barcelona y Tortosa: “Le haremos venir, porque creo que hará mucho bien en Tortosa” (89).

Efectivamente, Enrique de Ossó había trabajado como un león. Ahora, en estas fiestas navideñas de 1895, podría descansar algo de su reciente y misteriosísima crucifixión. Poquísimos sabían dónde se retiraba el Padre. Ni al amigo don Manuel quiso decírselo esta vez. En el número de febrero de 1896 de *El Congregante de san Luis* escribía Domingo y Sol:

“La noticia de su muerte se propagó rápidamente, sorprendiendo a todos mucho por lo inesperada, y más a nosotros, que tuvimos el consuelo de saludarle unos días antes...Hijo de esta diócesis, hizo los estudios en nuestro seminario, del cual fue después profesor, distinguiéndose siempre por sus condiciones de carácter y atrayendo hacía si el respeto de cuantos le rodeaban, aunque estos se llamaran condiscípulos y amigos...Descanse en paz tan benemérito sacerdote, honra de nuestro seminario, gloria de Cataluña, apóstol incansable” (90).

El amigo, fuera de la patria, quiso ser representado por sus Operarios Diocesanos, en las solemnísimas exequias que se celebraron en la capilla del Noviciado de la Compañía en El Jesús de Tortosa, con motivo del traslado de los restos del P. Fundador (91). Fue el 15 de julio de 1908, fiesta de san Enrique, emperador.

Juan B. Altés y Alabart

Que Juan Bautista Altés y Alabart fue un amigo, un gran amigo, uno de los más íntimos amigos de Enrique de Ossó no se puede dudar. Si no es el sacerdote Marsal, yo no creo que exista otro quien le robe el primer puesto en la amistad del Fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. De todos modos, una maliciosilla curiosidad me empuja a investigar si ambos sacerdotes se trataron de tú o de usted. O mejor, si “mosén Batiste” (como le llamaban en Batea, con acento catalano-occidental, al Rvdo. D. Juan Bautista Altés y Alabart) tuteaba a D. Enrique como D. Enrique le tuteaba a él. Se llevaban cinco años de diferencia de edad, ya que Altés había nacido en 1845, en Batea, mientras Ossó el año 1840 en Vinebre. Ambos de la diócesis de Tortosa. Ambos, incansables y empedernidos escritores. Ambos, sacerdotes ejemplares.

La documentación de que dispongo presenta el primer contacto de Altés con Ossó hacia finales de 1871 o principios del 72, aunque no puede haber duda ninguna que el trato empezó mucho antes (92).

“Ayer leí *El Hombre* infame de ésa, que vuelve a salir. Su primer artículo es Guerra a la fe divina (sic). Es, pues, urgente que vuelva a aparecer EL AMIGO. Si pudiera ser esta semana, mejor. Por mi cuenta corre el artículo de fondo, si queréis. Hoy escribo a D. Jacinto (Peñarroya) y a Mosén Altés para que continúe...Salude a los amigos” (93).

Esta carta a D. Manuel Domingo y Sol lleva la fecha de 9 de julio de 19872. Ossó sueña con la reaparición de la revista de choque que él fundó un año antes en Tortosa, en la cual colaboraba el sacerdote Altés, de veintiséis años de edad. Eran también los años ardientes del ministerio de D. Enrique, nombrado por el Obispo Vilamitjana Director General de la catequesis en 1869. Con toda probabilidad fue entonces, en el sudor glorioso de la catequesis que tanto dio que hablar en Tortosa durante todo el curso 69-70 y sobre todo en los siguientes, cuando Enrique de Ossó pudo admirar de cerca las cualidades pedagógicas de Altés, estudiante todavía o neo-sacerdote, amigo de la niñez candorosa como por instinto y, evidentemente, por virtud. Lo recordará la nota necrológica, en *Jesús Maestro*, en diciembre de 1916 (94).

A partir de octubre de 1872, en que aparece la Revista de Santa Teresa de Jesús, el nombre de Altés se repetirá en sus páginas constantemente hasta la muerte del Fundador, y

más allá todavía. Primero, muy tímidamente, en el anonimato o con las iniciales, pero poco a poco habrá que guisar el nombre y apellidos de todas las maneras posibles debajo de los artículos narrativos, leves como pluma voladora, dulces siempre, o de versos ágiles y sonoros. Altés escribe cantando, como un niño inocente a quien embelesa la niñez ideal. La reciedumbre de Ossó hallaba su complemento en la bella alada del presbítero Altés y Alabart. Casi diría que Altés le contagia su dulzura divina, principalmente durante el tiempo de vacaciones. A decir verdad, Juan B. Altés no siempre era tan dulce como en sus versos sonoros. Así que se entraba en el campo de lo religioso-político, el cordero mostraba las uñas. Las notas del archivo familiar explican que si alguna que otra vez Enrique de Ossó frenaba el celo ardiente del amigo tradicionalista (95).

Tengo a la vista una carta de D. Enrique, escrita en Benicásim, el día de san Jaime de 1873.

“Benicásim (a vista del mar) 25 de julio de 1873.

¿En dónde te hallará ésta, mi buen amigo? ¿Sudando en tierra árida y seca? ¿Por qué no creíste a tu amigo? ¿Por qué no viniste al Desierto de las Palmas a descansar y cobrar nuevo aliento en deliciosa soledad? Si hubieses venido conmigo, ayer hubieras llegado de mi excursión última a Borriol y Desierto de las Palmas, y te hallarías al lado de una linda capilla, a un tiro de ballesta del mar...Una hojosa parra cubre mi ventana que mira al mar, y al compás de las ondas y suave y refrescante brisa, te escribo. Hoy comienzo baños. Tengo un cocinero que ha bajado del desierto y él me arregla la comida. Estamos solos y bien acompañados.

...En Borriol hemos hecho casi una misión. Hemos confesado a todos los niños y las niñas y muchos grandes” (96).

Apenas conservamos correspondencia de D. Enrique al fiel colaborador y amigo (97). En los labios y la pluma de Ossó el nombre de Altés sale a menudo. Debió de llevarle mucho en el corazón. Pero la carta que acabo de transcribir revela unos lazos amicales, una confianza mutua, un humanismo confortante, que nunca disminuirá en ninguno de los dos sacerdotes.

A falta de correspondencia más directa, hemos de recurrir a las crónicas de la revista teresiana, donde Altés vuelca – como puede y si le deja el Director censor – su admiración y cariño a la persona del Fundador. Altés es el cronista nato en la Revista teresiana. Y no me refiero sólo a las pequeñas noticias, más o menos asépticas e impersonales, propias del género, sino principalmente a las largas, a veces larguísimas crónicas de historia vivida, como por ejemplo el viaje espiritual veraniego de 1875. Ambos amigos habían compartido una semana escuchando el rumor mediterráneo, renovador y sereno, bajo la mirada de santa Teresa allí arriba, en el Desierto. Seguirán su descanso hacia Castilla, una peregrinación más que un descanso. Dejarán a Teresa Curto, la primera vocación de la Archicofradía, en el convento de las carmelitas de La Jara, visitarán Ávila de los caballeros, seguirán hasta Alba de Tormes. Son dos catalanes “enteresianados”. Altés va apuntando con fidelidad y poesía los incidentes de la ruta. Cuando describe la jornada del 15 de agosto en la iglesia del convento de La Jara, dice de su amigo Enrique, gigante en la cátedra del Espíritu Santo:

“Nada quiero decirles del orador, porque es excusado decir lo que Vds. ya saben. Sólo añadiré que el púlpito es muy lindo. Ahora añadirán Vds. que también lo fue el sermón. Pero yo, aunque lo crea, no quiero decirlo” (98).

Dos años más tarde ya no serían dos solos a repetir la romería, sino cuatro mil, entre los cuales hay que contar doscientos sacerdotes. Altés referirá bellamente, ampliamente, el acontecimiento-noticia, cuidando mucho quedar él en la penumbra mientras pone a plena luz los intereses del amigo (99).

En la revista teresiana, D. Enrique dirige. Ciertamente dirige. Pero deja ancho margen para el primero de sus colaboradores amigos, Altés. Es la prolongación y mano derecha del Director.

Igualmente le hallamos con frecuencia, como conferencista o como predicador, en ciertos días de compromiso junto a la figura prócer del Padre Enrique. En la fundación del colegio teresiano de San Carlos de la Rápita dirige dos veces la palabra al numeroso público. La firma de Juan Bautista Altés y Alabart rozará la de Enrique de Ossó en la dedicatoria de la revista al Santo Padre. Altés irá a despedir a las hijas de la Compañía en el puerto de

Barcelona al emprender la ingente travesía hacia Méjico a por almas para Cristo. En Montserrat, para celebrar los 25 años de la primera misa del Padre, el diácono será Altés. En las veladas, los brindis, las conmemoraciones aniversarias, a las que el P. Fundador era tan aficionado, la voz del sacerdote poeta nunca faltará (100). Altés o la fidelidad podría llevar por título un estudio o un libro sobre el compañero entrañable de D. Enrique de Ossó y Cervelló.

D. Enrique, con más razón que un santo, le llamó "mi buen amigo". Efectivamente, lo fue como el que más. Y se gloriaba de ello. Un día, en Roma, al entrar en santa María de la Escala, dos Padres Carmelitas le preguntaron si conocía a un español que se llamaba Enrique de Ossó. Tuvieron tela para rato los tres interlocutores (101). No sé si podríamos descubrir desarrollos progresivos en la amistad de estos dos sacerdotes. Los debe de haber sin duda. Pero ya desde los primeros contactos que conocemos la amistad aparece perfecta. Si fuésemos capaces de saber más detalles – que la humildad de Altés nos ha quemado -, podríamos ir detectando hasta qué punto el amigo mayor, Ossó, lo fue moldeando desde las primicias del sacerdocio, lo fue entrenando para poder confiar a sus manos la dirección de la revista en los tiempos arduos de las enfermedades y ausencias y aún después de la misma muerte. El Padre Ossó había soñado seguramente en él – como luego en Marsal y otros -, persiguiendo el intento audaz de los Misioneros Teresianos, que nunca cuajó (102). Le faltaron años de vida corporal a D. Enrique.

Quedaba, empero, la huella del gran amigo en la vida del amigo superviviente hasta 1916. Este punto de la influencia de Ossó en los veinte últimos años de Altés podría ser estudiado con atención. Las notas de la familia Altés, aludidas antes, recogen datos de "mosén Batiste" altamente ejemplares. Capellán de monjas o beneficiado de la parroquia de san Cugat de Barcelona, Altés vivió con un desprendimiento semejante al de san José Oriol, a quien los pobres esperaban el día de cobro de la prebenda y se llevaban de ella la parte del león (103). También el beato Enrique de Ossó era maestro en donaciones. Altés lo conoció muy de cerca y, como el cuarto evangelista, dio testimonio del amigo en unos apuntes biográficos que la revista Teresiana publicó a raíz de la muerte del P. Fundador (104). En 1926 fueron recogidos en forma de libro.

Hay en ellos un arsenal de noticias y una tozuda y deliberada ocultación de Juan Bautista Altés y Alabart. Parece como si le temblara la mano cada vez que ha de escribir su nombre. Decididamente Altés se formó bien en la escuela de Ossó. El amigo aprendió del amigo, cuya vida admiró, cuya muerte lloró, cuyo traslado de Gilet a Tortosa acompañó y describió largamente en 1908, cuya gloria presintió y preparó con su pluma (105). Al introducirse los procesos de beatificación del P. Fundador, Juan Bautista Altés ya no vivía en este mundo para atestiguar con juramento la verdad de todo lo que había visto y oído tan de cerca. Había fallecido nueve años antes durante una corta estancia en su pueblo natal de Batea, donde descansan sus restos mortales. En la eternidad, sí, podrá tutear, si es que no se atrevió en la tierra, al amigo del alma el "dulce y afable, franco y leal, desinteresado y caritativo (106) D. Juan Bautista Altés y Alabart.

Francisco X. Marsal Gebelli

En el proceso informativo sobre la fama de santidad de Enrique de Ossó, Francisco Xavier Marsal Gebelli declaraba:

"Conocí al Siervo de Dios en el año 1874, en Tarragona, mientras yo era profesor de Humanidades y de Historia, y en ocasión de haberme pedido que fuera vice-director de la Asociación de Hijas de María y de Santa Teresa de Jesús, que recientemente había fundado. Desde entonces fuimos íntimos amigos y esta amistad duró toda la vida del Siervo de Dios, quien ordinariamente se hospedaba en mi casa cuando iba a Tarragona" (107).

El hombre que esto declaraba, con firmeza y ponderación, con una serenidad no exenta de emocionado recuerdo del mejor amigo de su vida, era un sacerdote anciano, de setenta y siete años, consagrados a un intenso servicio eclesial. En Tarragona primero; luego en Santander, donde el obispo Sánchez de Castro le llamó para Vicario General. El mismo cargo tuvo en Zamora, después de haber sido secretario del Dr. Grau, obispo de Astorga. En 1908 fue llamado a Ciudad Rodrigo, como Vicario General de la diócesis. Cuando se abrió el proceso ordinario para la beatificación de Enrique de Ossó y Cervelló, era Deán en Solsona.

A mi entender, el doctor Marsal fue el más íntimo de los amigos de D. Enrique de Ossó. El más profundo, a pesar de las distancias quilométricas que los separaron desde 1884, en que

Marsal es llamado a Santander. Consta la correspondencia mutua, aún cuando no ha llegado a mis manos ni una sola de sus cartas, ni de Ossó a él, ni de él a Ossó. Pero debieron de existir bastantes, aunque ya alguna se perdió por el camino o llegó con retraso insólito ((108). Es más que probable que mediasen noticias por correspondencia durante el otoño de 1893 cuando el señor obispo Juan Bautista Grau se puso enfermo en Astorga. Don Enrique recibe en Montserrat el telegrama anunciando la gravedad del obispo (109), siempre recordado con veneración desde su cese en Tarragona a causa del litigio famoso.

Los hermosos años de la primera amistad de Ossó y Marsal, inmediatamente consolidada y disfrutada, van desde 1874 hasta 1885. Pero si en adelante los contactos presenciales fueron más escasos, el fuego sagrado de la amistad continuó ardiendo al rojo vivo (110).

En 1874 Francisco Xavier Marsal Gebelli había cumplido 26 años. D. Enrique los 34. Cierta 34 años ya muy llenos, con experiencias sacerdotales volcánicas: Seminario, catequisis impresionantes y arrolladoras...Había ya fundado un par de revistas, degollada una por el anticlericalismo del poder. Masal, profesor de Humanidad y de Historia en el Seminario de Tarragona, doctor en teología, hombre de leyes y cánones, vocación pastoral incoercible, había conocido al escritor Ossó también en su libro *Guía práctica del Catequista*, publicado en 1872. Había leído en la revista de Santa Teresa de Jesús la "llamada teresiana", llameante y joven, con que empezó el estallido de las jóvenes asociadas bajo el estandarte de María Inmaculada y Santa Teresa de Jesús, el día 12 de octubre de 1873 (111). Vibró Tortosa, la ciudad y la diócesis. Vibró pronto Tarragona. Pronto o relativamente pronto, en junio de 1875. La revista teresiana, al dar la noticia del nacimiento de la Asociación en Tarragona, escribe un "por fin" revelador (112). Entre este "por fin" del éxito y los esfuerzos precedentes de D. Enrique de Ossó hay que colocar el nacimiento de las relaciones amicales con el sacerdote Francisco Xavier Marsal.

Enrique de Ossó i Cervelló tuvo buen ojo al introducir al hijo de Reus, Dr. Marsal i Gebelli, en el engranaje apostólico de la naciente Institución. Sospecho que no debió de costarle mucho la conquista de Marsal, menos quizás que la de san Francisco Javier por la palabra persuasiva de san Ignacio de Loyola. "Educar a un niño es educar a un hombre; mas educar una mujer es educar una familia", repetía el gran pedagogo teresiano (113).

El joven sacerdote tarraconense se dejó prender por la mística del Fundador, quien desde entonces en sus viajes frecuentes a Tarragona, algún tiempo cada sábado, ya no posaba en otro sitio que en la casa de Marsal (114). Yo no puedo dudar que Marsal fue el mejor confidente de D. Enrique. Con él dialoga sobre los planes de la Maestra Malloll que sollicita colaboradoras en la enseñanza. Con él intercambia ideas sobre el apostolado seglar. Marsal hubo de vivir el gozo y la esperanza, los tanteos y las dificultades de las primeras jóvenes que Ossó trasplantaba de Tortosa a Tarragona. Vino luego la maravillosa gracia de la noche del Domingo de Pasión. Después del visto-bueno de Peñarroya, sería Marsal el primero de los confidentes en las sobremesas primaverales de mayo de 1876. De hecho estuvo presente el día 23 de junio, fiesta del sagrado Corazón de Jesús (115), cuando las nueve jóvenes, terminados los Ejercicios Espirituales en el piso de la Bajada del Patriarca, se comprometían a vivir comunitariamente bajo la guía del P. Fundador. Francis Xavier Marsal fue el más querido de los testigos del histórico ofrecimiento.

Y a partir de entonces la Compañía de santa Teresa, obra del Padre Ossó, viene a ser también un poco la obra de Marsal, su amigo. A nadie después del Padre deberán tanto las primeras Fundadoras. Marsal las atiende en las clases, les da pláticas, las confiesa, les pone a su disposición la casa de La Figuerola donde el amigo del alma pasa temporadas y donde redacta las primeras Constituciones. Ossó le confía lo mejor de su obra: las personas de sus hijas. Escribe a Saturnina Jassá por septiembre de 1881 desde Tortosa: "Confíesate a menudo, pues el r. Marsal es bueno para nuestro amigo. Prepáralo para Misionero de Santa Teresa" (116).

Saturnina Jassá, la última en el tiempo y la primera en el empuje, de las ocho Fundadoras pasa unos días con otras Hermanas en La Figuerola, parroquia del Dr. Marsal. Allí está el sacerdote amigo, bueno para amigo nuestro, como decía el Padre. Las intrépidas Teresianas podían descansar:

"Descasad y recobrar fuerzas, para después poderlas gastar a mayor gloria de Dios.

...Las Hermanas esperan tu vuelta y que vengas bien reforzada, y cargada de avellanas, y uva y demás que puedas. San José provee mucho: higos,

melones, melocotones, etc. Hasta hemos tenido que socorrer hoy con pan a los Jesuitas, por haberse olvidado el panadero” (117).

Eran noticias caseras de Tortosa, que Saturnina Jassá podía leer y desgranar al docto doctor y párroco de La Figuerola, ya que en definitiva, hubo de ser Marsal quien había de mandar “cargada de avellanas, y uva y demás” a Saturnina para Tarragona y Tortosa.

Durante todo el decenio 1874-1894 los nombres de Ossó y Marsal se hallan frecuentemente unidos aun en la predicación. Los Ejercicios Espirituales que empieza uno en Vilallonga a 150 jóvenes los continúa y termina el otro tranquilamente (118). En Ávila, con ocasión de la entrega de la mano de oro del desagravio, habla el uno un día, pero al día siguiente el otro (119). Se entienden perfectamente esos dos próceres del espíritu, condviden las alegrías y también el peso del día y del calor. El autor de las Constituciones es Ossó, pero con la sombra amiga y sabia del Marsal. “Continúo la tarea con Dr. Marsal”, escribe en 1879, refiriéndose a las *Constituciones* que redacta en el retiro de La Figuerola (120). La redacción de la respuesta contundente a los cargos de los tres denunciantes de Tortosa, que desencadenaron el enigmático pleito, es de D. Enrique: de D. Enrique bien asesorado. ¿Quién pudo haber sido el asesor más limpio que Marsal? Él es, el hombre de leyes, oficial y secretario del Tribunal Metropolitano de Tarragona, quien asiste al insobornable provisor, D. Juan Bautista Grau, pronto obispo de Astorga, quien le llamó de Santander para Secretario de Cámara. Gracias a Marsal se ha podido desenmarañar el intrincado asunto y conocer el texto de la sentencia “non nata”, que Vilamitjana hizo abortar el 26 de junio de 1886. El Dr. Marsal había escrito de su puño y letra el borrador de la sentencia favorable a D. Enrique (121).

En junio de 1884 tuvieron que separarse geográficamente ambos amigos. Sólo geográficamente, porque les continuó uniendo la oración y la correspondencia. Y la presencia, de vez en cuando. En el verano de 1885 les hallamos juntos en Montserrat (122), donde Ossó empezara 30 años antes su singladura vocacional y donde subió docenas de veces solo o con la Compañía de Santa Teresa de Jesús. O con millares de jóvenes de toda Cataluña para ofrecer el homenaje a la Señora en la catedral de las montañas (123).

Las declaraciones del anciano Deán de Solsona en el Proceso para la beatificación de su amigo inolvidable suplen docenas de datos desconocidos. Estas veinte páginas lúcidas y cálidas nos informan del proyecto de Marsal de componer una biografía del Fundador de la Compañía de santa Teresa de Jesús. Recoge amorosamente datos dispersos. Hombre de leyes y de rigor, aunque de carácter vivaz y alegre – me asegura un trabajador que le trató hace 50 años -, el anciano Marsal explica siempre de qué fuentes sacó la noticia; lo oí de Altés, de Ferrer, de Bernardo Vergés; lo sé porque lo vi, lo sé por ciencia propia, explica el canónigo Marsal (124).

Esa ciencia y experiencia presencial nos adentra en la intimidad de los dos. Marsal vivió la fe del amigo, constató su esperanza teologal, se impresionó por la tersa serenidad y el inaudito dominio de sentimientos y pensamientos del vinebrés indómito. Captó en sus raíces mismas la frase predilecta, teresiana mil por mil, que repetía Ossó: ¡Húndase el mundo antes de que yo ofenda a Dios! Marsal vio de cerca la pobreza del amigo, la sobriedad sonriente, la modestia a lo hombre que ahuyenta sin violencias la hediondez ambiental. “Su trato me hacía sentir más creyente y fervoroso”, juraba Marsal (125).

¡Qué daría yo por encontrar en algún rincón de Barcelona algún esbozo siquiera de los apuntes, seguramente perdidos, de D. Francisco Xavier Marsal y Gebelli! Yo desearía saber más detalles y emociones de aquella fiesta que D. Enrique montó en Vinebre para honor de la Virgen María en los primeros tiempos del sacerdocio (126). Marsal fue testigo de la conversación de Ossó con su amigo Martorell sobre los grados académicos. Martorell le instaba a servir mejor a la Iglesia con licenciaturas y doctorados, necesarios para ciertos cargos pastorales, pero D. Enrique le respondió con resolución que no quería cargos eminentes y que precisamente por esto no entraba por tales títulos. Marsal, ponderado y nada propenso a alucinaciones, jura haberlo visto extasiado en el púlpito, con la mano en el pecho y los ojos en el cielo. Le oyó sus sermones, le vio celebrar la misa con la devoción de los ángeles y la atención a las mínimas rúbricas, voluntad de la Madre Iglesia. Marsal leyó aquella carta del amigo que conocía lo que nadie pudo haber conocido en este mundo y que él, ducho hombre de cánones, rompió antes del proceso (127).

Fue una amistad honda, enjundiosa la de D. Enrique de Ossó y Cervelló con D. Francisco Xavier Marsal. Sin duda era Marsal el hombre más preparado para escribir una biografía del Padre.

“Conozco bastante la vida de D. Enrique de Ossó y Cervelló, lo mismo que sus hechos. Profeso especial devoción al Siervo de Dios porque conocí a fondo sus enraizadas virtudes, nada ordinarias. Deseo y procuro su beatificación porque este deseo mío responde a la idea que tengo de su santidad” (128).

Idea – permítame el lector añadir – algo diversa de la que el mismo Dr. Marsal en 1893 oyó de labios del monseñor Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. En pleno ajetreo del pleito, el amigo de D. Enrique quiso ponderar la virtud del Fundador de la Compañía de santa Teresa de Jesús, calumniado de desobediente y terco contra la curia diocesana, la Rota, etcétera. Monseñor conoció a D. Enrique o pensó que lo conocía. Marsal afirmaba: “Don Enrique es un santo, de verdad”. Monseñor Trombetta le respondió rápido, sin más: “Lo pareva” (129). Esto es: No es oro todo lo que reluce, señor Marsal.

Estoy seguro que arriba, donde no hay más lámpara que la del Cordero, el reverendísimo Trombetta habrá cambiado de parecer. Y se hará amigo de D. Enrique de Ossó, que era santo, además de parecerlo. Juan Pablo II lo proclamará a la faz del mundo, de los ángeles y de los hombres en 1979. Dirá que Enrique de Ossó y Cervelló fue un apóstol ejemplar del siglo XIX. Teresiano y mariano y jesucristiano cien por cien. A lo mejor repite las palabras que el amigo Francisco Xavier Marsal Gebelli pronunció con juramento en 1925. ¡Qué hermosas son! Marsal dijo, con convicción y palabra de sacerdote:

“Tuve siempre al Siervo de Dios como una imagen viva de Jesucristo caminando por el mundo. Nadie de cuantas personas he tratado en mi vida puedo anteponer a él en esto” (130).

JOAN GABERNET, S. I.

Barcelona, 13 de mayo de 1979

1. *Eccli* 6,6.
2. *Positio super introductione causae et virtutibus*, Roma, p. 597. (Citaremos con la sigla: *Positio*). *Cartas del Siervo de Dios Enrique de Ossó*. Barcelona 1969, p. 192 ss.
3. *Ibid.*, p. 68; JUAN B. ALTÉS Y ALABART, *Enrique de Ossó y Cervelló, fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús*. Apuntes biográficos. Barcelona 1926, pp. 82 ss. (Sigla: *Altés*). *Revista Santa Teresa de Jesús* 1887-88, pp. 111 ss. (Usaremos la sigla *R. T.*). Estas audiencias tuvieron lugar en 1870, en el viaje a Roma con su amigo Domingo y Sol, y en 1888 cuando las bodas de oro sacerdotales de León XIII. Saturnina Jassá cita la frase típica de Ossó respecto del Papado: "No os fiéis del fiel que no es un hijo humilde y sumiso del Vicario de Jesucristo" (*Positio*, p. 247).
4. *Prov.* 18, 24.
5. El señor Francisco Freixa fue el maestro de Vinebre, para quien Enrique de Ossó tiene frases de elogio y gratitud. Le llama "mi buen maestro Francisco Freixa" y asegura que le quería mucho. "No sé que nunca me pegase o castigase", dice en la autobiografía que titula "Apuntes de las misericordias del Señor". *Escritos de Enrique de Ossó y Cervelló*, III, p. 10, Roma 1977.
6. *Guía práctica del catequista en la enseñanza metódica y constante de la doctrina cristiana*, Barcelona 1872, cap. 8, a. 2. En realidad, Ossó no escribe: en Vinebre, sino solamente: *cuando niños*.
7. Antonio Gaudí había nacido en Reus el 26 de junio de 1852. La amistad con Enrique de Ossó hubo de nacer años después posiblemente en Barcelona. Hay quien habla de la "conversión" o intensidad religiosa de Gaudí, atribuyéndola al sacerdote Ossó. Gaudí es el arquitecto de la Casa Colegio de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en la calle Ganduxer, en Barcelona, que le encargó el mismo P. Fundador en 1888. Se cuenta que D. Enrique, apremiado por las deudas, quiso recortar algo la fantasía del genio de Gaudí. "Cada cual a lo suyo, D. Enrique, - le respondió el arquitecto de Reus -; Vd. a decir misas y a predicar, y yo a hacer casas". En 1936, el anticlericalismo desfiguró algo las almenas del impresionante edificio. Cf. MARCELO GONZÁLEZ, *Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio*, 2ª edición. Barcelona 1967, p. 361. (Usaremos la sigla: *Marcelo González*).
8. Ignoramos cuándo escribió *Apuntes de las misericordias del Señor*. Se trata de un rápido esbozo biográfico, tal vez redactado por obediencia, como indica la M. M. de los Ángeles Folch. Se extiende hasta su primera misa, celebrada en Montserrat el 6 de octubre de 1867. La redacción es posterior a la muerte del jesuita Martorell, acaecida en junio de 1885. Cf. *La Compañía de Santa Teresa de Jesús*. Barcelona 1969, pp. 26-29.
9. *Ibid.*, p. 26 ss. Esas "malas compañías", que cita dos veces, parece referirlas a su pueblo natal, ya que se mencionan antes de su ida a Quinto de Ebro, donde enferma gravemente, y a su regreso antes de que su padre lo mandase al comercio de Res. Nótese, en el fugaz paréntesis de Quinto de Ebro, la presencia de la Virgen María en la vida del adolescente: "Mi tío prometió visitar la Virgen del Pilar y ofrecer una misa...y la Virgen me dio la salud, y cumplimos la promesa con alegría, dando gracias a la Virgen".
10. *Apuntes de las misericordias*, p. 27.
11. *Altés*, p. 19. Los "sujetos" de que habla Enrique son, en primer lugar, sus familiares. Conocemos una carta a tía Mariana que parece ser de 1854, aun cuando creo que puede ser fechada también en 1855. Cf. *Marcelo González*, l. c., p. 63; y mi libro *El lleial contestatari Enric d'Ossó i Cervelló*, cap. 6.
12. *Apuntes de las misericordias*, p. 27. La anécdota del cambio de vestidos la refiere en los procesos para la beatificación la M. María Teresa Andrés y Cebriá.
13. *Altés*, p. 25. El calificativo "caixa-tancada" en los labios del sacerdote Alabart se refiere principalmente a la costumbre de Enrique de cerrar con llave su habitación, donde estudiaba y probablemente donde "hacía algunas penitencias": las pocas que le permitía D. Gabriel Duch, con quien se confesaba a menudo (Cf. *Apuntes*, p. 28). Enrique era de natural simpático y abierto, aunque prudente.
14. *Libros de registro de notas*, en el Archivo del Seminario. Constan notas solamente de filosofía y teología, no de gramática. En ciertos Seminarios, como en el de Vic, no se daban calificaciones a los gramáticos.
15. Por aquellos tiempos, según unas notas del Archivo del Colegio de San José de Tortosa, los "col.legials del Seminari" o seminaristas menores eran unos 600, de los cuales una sexta parte solamente eran internos. Cf. F. MARTÍN HERNÁNDEZ: *Mosén Sol*. Salamanca 1978, p. 42.
16. *Apuntes*, p. 28: "Después (tuve como profesor) Dómine Sena, muy devoto de santa Teresa de Jesús, y él empezó sin duda a despertar la devoción a la Santa". Sobre este piadoso y genial maestro de latín, véase F. MARTÍN H.: *Mosén Sol*, p. 35. Domingo y Sol coincide también en el hecho de haber guardado las mejillas intactas de las manos del maestro poeta "más versado en desdichas que en versos".
17. RAMÓN VERGÉS I PAULI, en sus volúmenes *Espurnes de la Llar* aporta curiosos detalles sobre este personaje tortosino. Por ejemplo en VI, p. 604.
18. *Positio*, p. 579.
19. *Altés* pone el viaje primero a Benicásim cuando Ossó raya en los 20 ó 21 años. La *Autobiografía* tampoco precisa más, aunque da la noticia antes de su ida a Barcelona en 1860 (cf. *Altés*, p. 30; *Apuntes*, p. 28).

20. *Apuntes*, p. 28.
21. *Ibid.*, p. 29.
22. *Altés*, l. c., p. 35: "Nosotros vimos a los dos en Tortosa algún tiempo después, con motivo, si mal no recordamos, de instalar en aquella ciudad un nuevo invento suyo el célebre químico, y recordamos cuán íntima y cariñosa era la amistad que unía al profesor y al discípulo".
23. José Forn (1818-1870) había entrado a los quince años no cumplidos en la Compañía de Jesús. Estudió la filosofía y la teología en la Universidad Gregoriana, de la que fue luego profesor. La revolución de 1848 le obligó a exiliarse hasta 1855, en que aparece en la curia del P. General. Hablaba perfectamente nueve lenguas. En Barcelona alternaba las clases con la predicación durante el tiempo en que actuó en el Seminario de las Ramblas (1858-68). El obispo Caixal le llamó como teólogo asesor en el Concilio Vaticano I.
24. *Altés*, pp. 35-36.
25. *La Compañía de Santa Teresa de Jesús*, principalmente, pp. 22, 44, 82, 85. Sobre su muerte: R T., 1883-84, p. 256.
26. *Apuntes*, l. c., p. 28.
27. *Ibid.*, "otro P. José, el pequeño, que se decía el mismo hijo de cabra, porque saltaba mucho, que había (decía) sido criado con leche de cabra".
28. *Ibid.*, "La vista de Ermita, en especial la de santa Teresa que es tan hermosa por su Transverberación, me encantaba, enamoraba y extasiaba".
29. En el Desierto de las Palmas firma la famosa "llamada teresiana", que leerá a las jóvenes de Tortosa durante la novena de santa Teresa de Jesús de 1873. La llamada lleva la fecha del 27 de agosto de 1873. Al morir D. Enrique aquella llamada había resonado en más de cien mil jóvenes en muchas naciones. V. el texto en R: T., 1873-74, p. 52 ss.
30. *Apuntes*, p. 29.
31. San Antonio M. Claret les dio los Ejercicios en la Casa de Gracia desde el 20 al 26 de mayo de 1866, día en que Enrique recibía la ordenación de subdiácono. Es curioso ver la afinidad de ideas de Claret y Ossó en los respectivos apuntes que conocemos de ellos. De Claret, cfr. B. A. C., n. 188 (Madrid 1959), p. 574 ss; de Ossó, cf. los apuntes que cita *Altés*, hoy desaparecidos, en l. c., p. 39.
32. Nos referimos principalmente a las cartas. "La publicación completa del epistolario exigiría, por sí misma, ingente esfuerzo y varios volúmenes", dicen los compiladores de la obra de Ossó, Cf. *Escritos de D. Enrique de Ossó y Cervelló*, vol. I, p. 6.
33. La bibliografía de Ossó abarca 57 títulos, sin contar la ingente cantidad de artículos publicados en la revista teresiana durante más de 25 años sin interrupción. Cf. *ibid.*, p. 11. Y también la recesión de GLORIA VOLPE VELLACICH en la tesis doctoral *Enrique de Ossó y Cervelló: educador y pedagogo. Instituto Universitario Pareggiato di Magistero María SS. Assunta*. Roma 1874.
34. El Padre escribe, por lo menos 78 cartas a Saturnina Jassá desde 1877 a 1889. Las alusiones a ella en otras cartas son innumerables. Cf. *Cartas*, passim.
35. Fue exonerado de la cátedra en 1878. Lo considera como "una de las mayores gracias". Carta del 3 de julio de 1878, en *La Compañía de Santa Teresa de Jesús*, p. 51. Ver también *Cartas*, p. 95.
36. *Apuntes*, l. c., p. 29.
37. Pantaleón Montserrat Navarro (1807-1870), nacido en Maella, fue ordenado sacerdote a los 23 años. Canónigo de Tarazona, vicario general de Zaragoza, rehusó el episcopado hasta que tuvo que mandárselo seriamente Pío IX. Después de dos años de pontificado en Badajoz, ocupó la sede de Barcelona en 1861. Su sencillez y caridad fue proverbial. Cincuenta mil personas fueron a despedirle al ser llamado al Concilio Vaticano I. En la sesión famosa del 18 de julio de 1870 fue al aula conciliar casi arrastrándose por enfermo. Dijo casi sin fuerzas: placet et absun (sí, y he de irme) a la cuestión de la infalibilidad pontificia. Murió tres días más tarde, dejando herederos de sus bienes a los pobres (Cf. *Enciclopedia Espasa*).
38. D. Benito Sanz y Forés (1828-1895) fue canónigo lectoral de Tortosa, de donde le llamaron al Tribunal de la Rota. Desde 1868 fue pasando por los obispados de Oviedo, Valladolid y Sevilla. Creado cardenal en 1893. D. Enrique tuvo contactos con él en Tortosa primero, y luego en Roma (1870) y en Alba de Tormes, en la famosa peregrinación de 1877.
39. *La Compañía*, p. 169.
40. En marzo de 1874 el dominico fray Fernando le dirige una hermosa carta. Ver el texto en *Marcelo González*, p. 151.
41. *Cartas*, p. 12.
42. *Puntes*, p. 29.
43. *Altés*, p. 40. El texto del sermón fue publicado después de su muerte en R. T. Cf. *Marcelo González*, p. 87.
44. Hay claras alusiones a ellas en *Cartas*, pp. 69 y 192. Me consta que en el Archivo de Roma de la Compañía de S. T. J. existe una interesante carta de Martorell, todavía inédita.
45. *Apuntes*, p. 29.
46. *Altés*, p. 42.
47. *La Compañía*, p. 121 nota; *Cartas*, p. 182.
48. *Ibid.*, p. 121; p. 117. El nombre de Martorell aparece al lado de otros examinadores de las primeras Reglas o Constituciones, entregadas a las Hermanas en 1879, como son: el Dr. Grau, el Dr. Sanuy, el P. Sala, y los obispos fray Fernando Blanco, Dr. Martínez Izquierdo y Dr. Urquinaona.

49. *Cartas*, p. 216.
50. *Apuntes*, l. c., p. 29.
51. *Cartas*, p. 14. "Esta semana, D. m., queda terminada mi obrita catequística. La censurará, confío, el Dr. Sardá, mi amigo. No bajará de 200 páginas en octavo. Y cada diez ejemplares, uno gratis. El precio no excederá de cuatro reales" (Carta de 9 de julio de 1872).
52. *Guía práctica del catequista en la enseñanza metódica y constante de la doctrina cristiana*. Barcelona 1872. Cfr. *Marcelo González*, l. c., p. 517.
53. *Cartas*, p. 28.
54. *Cartas*, p. 286.
55. El cronista Juan B. Altés publicó cuatro crónicas extensas de la peregrinación en la R. T.: 1876-77, pp. 251, 277, 338; 1877-78, pp. 11 ss.
56. *Cartas*, p. 216.
57. *Cartas*, p. 257. Ver también R. T., 1881-82, p. 283.
58. *Cartas*, p. 430.
59. R. T. 1887-88, p. 251.
60. Cf. *Marcelo González*, p. 417.
61. Ver *Altés*, l. c., pp. 93 ss.
62. Cf. la anterior nota 7.
63. *Cartas*, p. 560. Fechada el día 20 de enero.
64. En las notas que me facilitan sus familiares, a quienes se lo agradezco vivamente, leo lo siguiente: "Los padres de Juan B. fallecieron siendo éste un primerizo sacerdote y dejaron varios hijos de corta edad. A uno de ellos, Francisco, se lo trajo Juan Bautista a su lado en Tortosa. Estudió bajo su tutela y, llegada la hora de decidir, se ilusionó por la notaría; pero la guerra carlista (1872-76) truncó sus planes. Terminada la contienda, aprovechando los conocimientos del arte de imprimir, adquiridos en el Ejército, se perfeccionó en Barcelona, donde se estableció en 1886". Para la redacción del "¡Viva Jesús!", ver *Altés*, l. c., p. 69. Sobre el convenio Ossó-Altés para la edición de R. T. (firmado en 31-X-1890) destaco la cláusula 2ª: "Todos los gastos de la Revista por su impresión y administración, etc., irán a cargo del Sr. Altés; mas, si pagados los gastos precisos de impresión y administración, queda algún beneficio, la tercera parte de él se entregará al Director cada año". La nota del archivo de la familia Altés añade: "Sabemos que, a pesar de lo estipulado en la cláusula 2ª, jamás hubo beneficio: cosa aceptada con sumo agrado por D. Francisco".
65. R. T. 1876-77, pp. 251, 277, 344; R. T. 1877-78, p. 17; *Cartas*, p. 216; *La Compañía*, pp. 246 ss.
66. En *Marcelo González*, p. 605: la conducta evangélica con cada uno de ellos.
67. *Cartas*, p. 58; p. 59. El P. Fundador las llamaba "pequeña División", (*Cartas*, p. 66), pero pronto prevaleció el nombre más casero y dialectal de "Compañyeta" que sacaron a las pequeñas Altés y Pauli, los amigos de Ossó. Cf. *La Compañía de S. T. J.*, p. 50.
68. *Cartas*, pp. 136, 170, 194, 467...
69. *La Compañía*, pp. 220, 278, 322, 329, 343, 440, etc.
70. *Cartas*, pp. 409, 437, 24; *La Compañía*, pp. 237, 251 ss.
71. *Cartas*, pp. 193 ss. "Largas conferencias y provechosas he tenido con el sabio y celoso obispo de santa Teresa, pues como no podía moverse de casa y yo estaba en su compañía, aprovechaba todas las horas...Muy buenos ratos he pasado con él y mucho he aprendido y nos hemos reído, pues es muy sencillo" (Carta del 6 de diciembre de 1880).
72. *Cartas*, pp. 77, 156, 162; *La Compañía*, p. 175; R. T. 1892-93, p. 10.
73. *Altés*, p. 16; *La Compañía*, p. 244; R. T. 1876-77, 343 ss, 353; 1882-83, p. 78 ss; 1888-89, p. 38 ss., etc.
74. R. T. 1889-90, p. 129; *Cartas*, pp. 449, 455, 460, 559; *La Compañía*, pp. 245 ss, 340; *Marcelo González*, p. 417.
75. Para este espinoso asunto, ver *La Compañía*, p. 169. En la documentación oficial del proceso de beatificación se recogen los datos sobre el pleito. Cf. J. GABERNET, s. i.: *El lleial contestatari Enric d'Ossó i Cervelló*, cap. 32.
76. El Dr. Forcades exigiría ser más estudiado. Fue un gran padre para las primeras de la Compañía en Tarragona. Ossó puso en él toda su confianza. Casi unas veinte veces leo su nombre en las *Cartas*: pp. 35, 45, 47, 52, 70, etc. Su nombre va unido algunas veces con los de Sanuy, Moles, Armengol, Videllet, etc.
77. La más reciente y documentada es la que acaban de publicar FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ y LOPE RUBIO PARRADO: *Mosén Sol*. Edic. Sígueme. Salamanca 1978.
78. *Marcelo González*, l. c., pp. 185 ss.
79. *Ibid.*, p. 189; ANTONIO TORRES, *Vida de D. Manuel Domingo y Sol*. Tortosa 1934, p. 53.
80. *Martín Hernández*, l. c., p. 121.
81. *Cartas*, p. 14, 25; *La Compañía*, p. 259.
82. *Martín Hernández*, p. 93; *Cartas*, p. 67.
83. Se conservan borradores de Domingo, destinados a El Amigo del Pueblo (*Martín Hernández*, p. 89); de Ossó, solamente he visto la carta del 9 de julio de 1872 (*Cartas*, p. 14).
84. *Martín Hernández*, p. 86.
85. R. T., 1876-77, pp. 156, 187, 221, etc.

86. Ver nota 55.
87. *La Compañía*, p. 259. La carta lleva la fecha del 21-III-1884.
88. *Ibid.*, p. 342.
89. *Martín Hernández*, p. 86.
90. *Ibid.*
91. *La Compañía*, p. 446.
92. ¿Estudiaron juntos la carrera sacerdotal? De momento no me consta, pero me parece probable que sí. Externos ambos, en Tortosa, tal vez vivieron en la casa del Rdo. Alabart, apellido idéntico al de la madre de Juan Bautista. La expresión "Martorell, tu condiscípulo" (Altés, l. c., p. 56; Cartas, p. 15, dice equivocadamente "tu discípulo" todavía complica el problema, porque no se ve dónde pudieron ser condiscípulos Altés y Martorell si no es en el Seminario de las Ramblas.
93. *Cartas*, p. 14.
94. "De natural dulce y afable, nuestro teresiano amigo, nadie le trató que no observase en él un espíritu franco y leal, desinteresado, amante de la verdad y la justicia, caritativo...". Revista *Jesús Maestro*, Barcelona 1916, art. "Inmarcesible Corona", 1916, p. 381.
95. "Juan Bautista era muy adicto a la política tradicional, y Enrique de Ossó, a pesar de su entrañable amistad se lo reprochaba como impropio de un sacerdote". Me parece algo dura esa nota del Archivo familiar de los Altés. Por lo demás solía ser frecuente en los clérigos de la época la adhesión a credos político-religiosos antiliberales.
96. *Cartas*, p. 15. *Altés*, p. 56, pero suprimido el nombre suyo en el encabezamiento de la carta.
97. En R. T. 1886-87, p. 40 hay una carta de Ossó a Altés desde Portugal; en R. T. 1887-88, p. 98, otra desde Roma.
98. R. T. 1875-76, p. 17.
99. R. T. 1876-77, pp. 238 ss; 1877-78, pp. 6, 11, 40.
100. *La Compañía*, pp. 93, 70, 247; R. T. 1892-93, pp. 18 ss
101. *Marcelo González*, p. 314.
102. El plan de los Misioneros de Santa Teresa de Jesús lo redactó D: Enrique en 1877; en 1882 imprimió en Barcelona el proyecto que firmó en Montserrat. Cf. *Escritos*, I, pp. 1341 ss.
103. "Totalmente desinteresado en cuestiones económicas, de protector del hermano menor (Francisco) pasó a ser su protegido y hubo que llegar al extremo de no permitir que cobrase personalmente su beneficio porque lo entregaba al primer pobre que le pedía limosna. (Nota del archivo familiar).
104. R. T. 1895-96, pp. 125 ss.
105. R. T. 1908-09, pp. 300-310.
106. *Jesús Maestro*, 1916, p. 381.
107. *Proc. ordin. Barcin.*, p. 187.
108. *Cartas*, p. 407.
109. *Cartas*, p. 499 (15-IX-1893): "Telegrama de Marsal, de Astorga. Pide oraciones por el obispo de allá, que está gravísimo. Orad por él. Preguntad a su hermana, que vive en la calle de Santa Ana, junto a casa de Pujol".
110. *Proceso ord. Barc.*, p. 188.
111. R. T. 1873-74, p. 52 s.
112. R. T. 1874-75, p. 316.
113. R. T. 1876-77, p. 306. *Escritos* III, p. 396.
114. *Proces.*, p. 187.
115. *Proces.*, p. 200.
116. *Cartas*, p. 221. Véanse noticias sobre la colaboración con Masal en Cartas, pp. 69, 87, 98, 144, 246, 283, etc.
117. *Cartas*, p. 219.
118. *Cartas*, p. 144.
119. R. T. 1883-84, p. 6 ss.
120. *La Compañía*, p. 79.
121. Un resumen sobre este asunto enojoso puede verse en *La Compañía de S. T. J.*, pp. 164-178. La biografía del Dr. Marcelo toca con dedos de plata esta cuestión, en el cap. 36. El primer biógrafo Altés la omite del todo. En mi libro *El lleial contestatari* se van siguiendo cronológicamente las fases del pleito con los datos tomados de la *Positio* para la beatificación, aunque sin dar el texto todavía de la sentencia "non nata" redactada por Grau y manuscrita por Marsal, que desapareció. Por fin fue hallada en el Archivo Vaticano en septiembre de 1867.
122. *Cartas*, p. 378.
123. La relación de Enrique de Ossó con Montserrat exigiría un artículo muy largo. La Virgen de Montserrat presidió toda su vida desde los 14 años hasta la muerte. Su deseo había sido ser enterrado en Montserrat. Allí peregrinó docenas de veces, hizo retiros numerosos, cantó la primera misa, celebró sus bodas de plata, quiso que sus hijas antes de partir para el Nuevo Mundo pasasen siempre por Montserrat, etc., etc. Véase la carta de 19 de septiembre de 1881: "Quisiera que las pequeñas subieran en peregrinación a ofrecer sus títulos a la Virgen Moreneta de Montserrat...Yo salgo hoy para Vic...Después subiré a Montserrat a tener unos días de retiro o Ejercicios, mientras se reúnen allí as Hermanas que han

sacado título...cantar la misa en acción de gracias y consagrar la Compañía a la nueva Reina y Patrona de Cataluña". *Cartas*, p. 222.

124. *Proceso*, passim.

125. *Ibid.*, p. 189.

126. Yo sé – dice Marsal – por haberlo leído en las Actas que se conservan en el Archivo parroquial de Vinebre, que el Siervo de Dios, recién ordenado sacerdote, consagró en aquel lugar las primicias de su apostolado a la Santísima Virgen, desarrollando la idea de instalar en dicha parroquia un altar y una imagen de la Purísima Concepción de la Virgen María (*Ibid.*, p. 196).

127. *Ibid.*, pp. 190, 193, 203, etc. “Era un hombre de oración, que infiltraba a sus Religiosas; fervorosísimo en la Santa Misa, edificando a los que la oían, fiel en la observancia de las sagradas rúbricas, ya que ponía un sumo cuidado en observarlas. Todo esto lo sé por haberlo visto personalmente en los diversos tiempos que conviví con él” (p. 203).

128. *Proceso*, p. 187.

129. *Ibid.*, p. 191.

130. *Ibid.*, p. 203.